

En las playas de Terramar

Una exploración por el ciclo fantástico

de Ursula K. Le Guin

Andrés García Londoño

Se puede introducir a Ursula Kroeber Le Guin haciendo una declaración obvia, llamativa, evidente y medible, con lo cual lo realmente importante de su labor se deja para más tarde: ella es la más galardonada escritora de ciencia ficción, pues ningún otro autor ha conseguido ganarse seis veces el premio Nébula y cinco el premio Hugo, los dos premios con mayor peso dentro del género de la Sci-fi (*Science Fiction*), además de un premio nacional del libro de Estados Unidos y, lo que es más relevante, el nombramiento como Gran Maestra de la Ciencia Ficción: un título honorífico por la obra de una vida, otorgado por la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción, y que posee poco más de una veintena de autores, entre los que se cuentan Ray Bradbury, Arthur C. Clarke, Isaac Asimov, Poul Anderson y Philip Jose Farmer.

No obstante, son tales los prejuicios existentes en gran parte del público lector respecto a la “seriedad” de la ciencia ficción y de la literatura fantástica, que poco significarán los reconocimientos anteriores para alguien que catalogue a dichos géneros como simple “literatura de esparcimiento”; una declaración que suele ser común en personas que no se han sumergido en los múltiples libros, opciones y autores de tales géneros y los juzgan desde la mirada que les ha brindado la contemplación de algunas películas de Hollywood, dictaminando a partir de tan pobre experiencia que la ciencia ficción y la literatura fantástica poco tienen para aportar al conocimiento de los seres humanos y constituyen sólo una forma de evasión. Sin embargo, para quienes sí han explorado las mejores obras que ambos géneros tienen para ofrecer —y aún más para quienes sean lectores asiduos de Le Guin— segura-



mente no constituirá una sorpresa la siguiente declaración del crítico Tobias Hill, del periódico británico *The Guardian*, respecto de la utopía pastoral *Lavinia*, aún inédita en español, que tiene como uno de sus protagonistas a la sombra de Virgilio: “Ella es una novelista social en el mejor sentido del término [...] su primera preocupación es con el mundo real. En su novela, la Italia imaginaria de Virgilio le permite una libertad de manipulación que un método más realista no le daría”.

En esas dos líneas se resume algo importante; un secreto de la autora que los lectores de esta escritora estadounidense nacida en 1929 ya conocen a cabalidad. Los excesos de Le Guin en sus planteamientos y ambientes —como corresponde al género, pues podría decirse que el exceso es lo primero que caracteriza a la ciencia ficción y fantasía— son nada más que recursos para hacer una literatura especialmente inteligente y crítica sobre los problemas contemporáneos más urgentes, como son la inequidad —social, laboral o de género— o el abuso ambiental. No en vano, la autora se define a sí misma como feminista y taoísta, lo que resulta patente en sus novelas, donde son frecuentes los temas etnográficos, antropológicos, psicológicos y, en particular, los problemas de los roles de los sexos, de lo cual la mejor muestra es *La mano izquierda de la oscuridad*—que describe un mundo donde los seres humanos cambian de sexo durante sus vidas, tal como lo hacen los peces loro, entre otras especies terrestres—, e incluso los méritos de las sociedades anarquistas, como sucede en *Los desposeídos*—donde se narra el conflicto latente en un mundo capitalista donde los anarquistas se refugian en la luna y establecen su propia utopía, basada en el sudor y la solidaridad, en un ambiente no apto para la vida—. Las dos novelas mencionadas ganaron tanto un Hugo como un Nébulas, y esto resulta entendible si se establece que su mérito mayor es la originalidad del enfoque. Una original que linda con lo genial, si se reflexiona en que lo genial, bien sea en arte o ciencia, se caracteriza ante todo por el establecimiento de formas de aproximación distintas a temas ya observados y explorados por otros con anterioridad, lo cual permite la llegada de nuevas soluciones y enriquece la experiencia y posibilidades de lo real.

Si la buena ciencia ficción intenta unir el gran bache que existe entre los dos mayores logros de la especie humana, la ciencia y el arte, Le Guin es uno

de sus mayores exponentes; aunque sea cierto que más desde el punto de vista de las ciencias humanas que de las ciencias básicas, pues también explorar lo antropológico, lo psicológico, lo sociológico es una alternativa de la ciencia ficción. Por eso, en las novelas de Le Guin, aunque están presentes elementos técnicos como el ansible —la solución que propone la autora para comunicarse entre mundos distantes de forma inmediata, es decir, más rápido que la luz—, el interés mayor está en las consecuencias de las decisiones individuales y colectivas, en particular en lo tocante a las relaciones entre los seres, bien se trate de una pareja, un par de amigos o sociedades y especies enteras. Todo lo demás son elementos escenográficos, a veces brillantes e imprescindibles para el desarrollo lógico y la verosimilitud de los relatos, pero no el elemento central, pues en la obra de Le Guin, éste, siempre y sin excepción, recaerá sobre lo humano.

Lo anterior se aplica tanto para sus obras de ciencia ficción como para sus otros textos, pues ha escrito obras de ficción realista, poemas, ensayos e incluso literatura infantil. Y resulta aún más claro en su ciclo de literatura fantástica, compuesto por las “Historias de Terramar” e integrado por cinco novelas publicadas a lo largo de un período de más de treinta años: *Un mago de Terramar* (1968), *Las tumbas de Atuan* (1971), *La costa más lejana* (1972), *Tehanú* (1990) y *En el otro viento* (2001), así como por el libro de relatos *Cuentos de Terramar*. Lo que resulta verdaderamente llamativo es que este interés de Le Guin por los problemas más esenciales de los seres humanos se hace evidente precisamente a partir de los contrastes, pues ningún otro mundo entre los creados por Le Guin está más alejado de la Tierra real que Terramar.

Agua, tierra y fuego

Como la Tierra, Terramar —en inglés, *Earthsea*— está cubierto en la mayor parte de su superficie por agua. Pero en lugar de continentes, encontramos más de un centenar de islas pequeñas y medianas, todas habitadas por humanos. Hay distintas razas, desde los muy blancos al norte hasta los negros al sur, pero casi todos los pueblos del Archipiélago tienen una misma cultura, con sólo dos excepciones: los kargos, que habitan cuatro grandes islas hacia el noreste, poseen un lenguaje propio y recuerdan en sus costumbres a los vikingos; y los Hijos de la Mar Abierta, un pequeño

pueblo que vive en balsas y sólo una vez al año baja a Tierra, con costumbres profundamente respetuosas del ambiente natural y que recuerdan a una peculiar mezcla entre los esquimales y los habitantes del Pacífico Sur.

Como ya se dijo, casi todos los habitantes del mundo de Terramar (o del único hemisferio que contemplan del mismo, pues también en ese aspecto sus habitantes son parecidos a los europeos, africanos y asiáticos que antes del Descubrimiento desconocían la existencia de América) integran una misma cultura que fue, en su momento, un gran reino, pero para el comienzo del ciclo está dividido, pues no hay nadie que pueda reclamar la corona. La situación, en cierto modo, es similar a la de Italia luego de la caída del imperio romano (algo que fue sin duda enriquecido por los conocimientos que adquirió Le Guin al estudiar Letras, especializándose en literatura italiana y francesa del Renacimiento). Las distintas ciudades y aldeas a veces comercian y otras se saquean, pero comparten un mismo lenguaje común, además de los dialectos propios de cada zona. Hay incluso una especie de Roma, una fuente de autoridad en el conocimiento y la tradición aunque no directamente política: Roke, la isla de los sabios (Rome/Roke: ¿Casualidad?). Y, como en Roma, todo el poder real lo detentan los hombres, pues también en el machismo el Archipiélago es una cultura parecida a la Europa medieval.

Hay, sin embargo, una diferencia radical. En Terramar la magia es una condición natural. No todos pueden usarla; de hecho, ni siquiera la mayoría. Pero muchos nacen teniendo el don. Los hombres se transforman en hechiceros o magos. Los hechiceros practican la magia menor ayudando a los habitantes para bendecir sus cosechas, encontrar objetos perdidos, curar a los animales o llamar al viento para mover las barcas entre las islas. Los magos, quienes tienen dones mayores, se caracterizan por haber estudiado en Roke y ganar allí su vara, luego de aprender todo lo que los Nueve Maestros tienen para enseñarles. Por su parte, las mujeres, o simplemente eligen no practicar la magia o se transforman en brujas en el sentido histórico del término: esto es, comadronas que se encargan de ayudar a otras mujeres en el parto, curanderas que conocen los secretos de las plantas, comerciantes de pociones de amor y afrodisiacas, o poco honradas lanzadoras de maldiciones... Y tal como en la Alta Edad Media antes de las cacerías de brujas, se tolera su magia por ser práctica y útil a las comunidades, aunque no sea bien vista. Un dicho común en el Archipiélago es: “Débil —o maligno— como magia de mujer”.

Lo que resulta verdaderamente llamativo es que este interés de Le Guin por los problemas más esenciales de los seres humanos se hace evidente precisamente a partir de los contrastes, pues ningún otro mundo entre los creados por Le Guin está más alejado de la Tierra real que Terramar.



La magia en Terramar no sale de la nada. Es decir, no se trata simplemente de agitar una varita en la mano y hacer aparecer el desayuno. Tiene base en un don, sí, pero es una técnica y un conocimiento que, como tal, debe ser aprendido. Aquí habría que mencionar que una de las metáforas más evidentes del empleo de la magia en la literatura es como metáfora de la ciencia. Magia y ciencia permiten ambas un poder sobre el mundo físico que el cuerpo humano no tendría por sí solo. No en vano, si trajéramos hoy a un hombre de antes del Siglo de las Luces seguramente explicaría múltiples aspectos de nuestras sociedades contemporáneas, desde el alumbrado eléctrico hasta los automóviles y las estufas —sin descontar, por supuesto, el ya típico chiste sobre los pequeños seres encerrados en el televisor— de la misma forma que en aquella época solían explicar todo lo inexplicable: como magia pura.

Sin embargo, en Terramar, la magia sí tiene una explicación: Segoy —el dios primigenio— creó el mundo a partir de las Palabras, así que quien conoce



el lenguaje antiguo, que es distinto a la lengua común, puede usar esas palabras —las palabras verdaderas— para ordenar a las cosas que obedezcan a su voluntad: puede llamar al viento o al relámpago por su nombre, transformarse temporalmente en otro ser o hacer que los animales sigan sus órdenes. No obstante, si se piensa que hay tantos nombres como cosas —es decir, que aunque hay un nombre genérico para designar las gotas de agua, cada una de ellas tiene también un nombre propio— cada hombre, incluso el más estudioso, no puede sino llegar a conocer una fracción del total de los nombres en su tiempo de vida. Y, como la magia da poder sobre todo, los hombres y mujeres de Terramar usan dos nombres: uno, el que le dieron sus padres y que emplean tal como nosotros usamos los nuestros; y otro, el que les da un hechicero al llegar a la pubertad —o, más que dárselos, lo descubre porque ha existido desde el nacimiento, pero sólo alguien con el don puede verlo—, el cual no revelan sino a sus más íntimos, e incluso algunos nunca se lo dicen a nadie más.

Por otra parte, los dragones —pues también hay dragones en Terramar, como en obras más típicas del subgénero de Espada y Hechicería— hablan la Lengua Arcana para su cotidianidad. El mayor de ellos, Kaliessin, es casi tan viejo como el mundo y todos tienen un poder mágico innato que pocos seres humanos pueden enfrentar. Como afirma Ged, el personaje que vincula las cinco novelas: “Con un dragón, el problema es siempre el mismo: o te habla o te devora. Si puedes contar con que haga lo primero, y no lo segundo, entonces eres un señor de dragones”. De hecho, aunque los dragones no ocupan un lugar destacado en la trama de varias de las cinco novelas, el ciclo entero desemboca en la búsqueda una solución definitiva para el problema de las relaciones entre las dos especies que pueden hablar la Lengua Verdadera, más emparentadas de lo que en un principio se podría suponer.

En el sentido de un poder que debe ser aprendido, en lugar de ser una simple condición innata, la relación entre ciencia y magia no podría ser más clara. La magia, como la ciencia, desentraña las leyes básicas del mundo físico para obtener poder sobre él. Ambas, por otra parte, requieren ser aprendidas y completadas mediante el estudio constante en una labor que se sabe interminable y en Terramar, el lugar

que cumple la función de nuestras universidades es la isla de Roke. Sin embargo, hay un punto donde los habitantes del Archipiélago nos superan. Saben por los desastres del pasado, como el hundimiento de la isla de Soléa, que la magia debe usarse con extremo cuidado, pues da demasiado poder a un solo hombre y puede provocar desastres o cambios irreversibles en el ambiente. En la reflexión sobre las consecuencias y la ética de su arte, los magos de Terramar le llevan a los científicos un largo camino, tal como se confirma en la siguiente respuesta de Ged al joven noble Arren, su compañero en el largo viaje de la tercera novela, quien le reclama que, luego de rescatarlo de unos piratas que pretendían venderlo como esclavo, no los castigara sino que simplemente liberara a los esclavos de los remos y dejara que fueran ellos los que lucharan por su libertad, de forma que las cosas siguieran su propio curso luego de una intervención mínima.

¿Te das cuenta, Arren, de que un acto no es, como creen los jóvenes, lo mismo que una piedra que levantas del suelo y arrojas lejos, que da en el blanco o yerra, y nada más? Cuando levantas la piedra, la tierra se aligera y la mano que la sostiene es más pesada. Cuando la arrojas, influye en los circuitos de los astros, y allí donde golpea o cae, el universo cambia. De un acto cualquiera depende el Equilibrio de todo. Los vientos y los mares, los poderes del agua y de la tierra y de la luz: todo cuanto ellos hacen, bien hecho está, y es para bien. Todos actúan dentro del Equilibrio. Desde el huracán y el mugido de la ballena hasta la caída de una hoja seca y el vuelo del moscardón, todo cuanto ellos hacen es parte del Equilibrio del todo. Pero nosotros, los que tenemos poder sobre el mundo y sobre otros hombres, tenemos que *aprender* a hacer lo que la hoja y la ballena y el viento hacen por naturaleza. Hemos de aprender a mantener el Equilibrio. Somos inteligentes, y no hemos de actuar en la ignorancia. Somos capaces de elegir, y no hemos de actuar sin responsabilidad. ¿Quién soy yo, aunque pueda hacerlo, para castigar y recompensar, para jugar con el destino de los hombres?

En la superficie de la trama de Terramar encontramos, entonces, magia y dragones, sí. Pero bajo ellos, como cimiento básico de la novela, se encuentra el Equilibrio y es su búsqueda, tanto a nivel personal

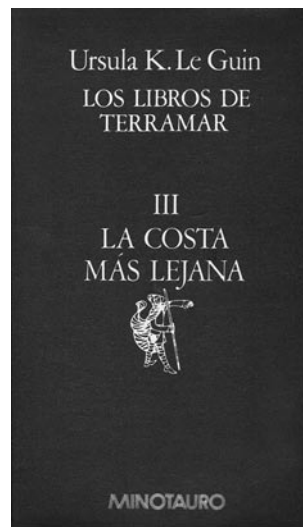
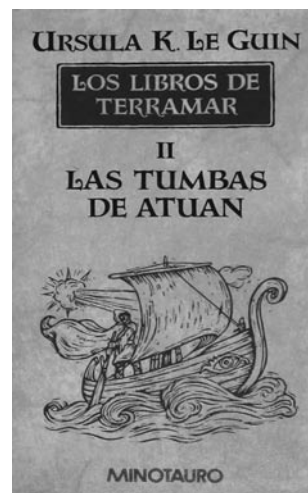
como colectivo, la fibra central del hilo argumental de Terramar.

Una trama que es mínima parte

Ged, cuyo nombre común es Gavilán, es el personaje que vincula las cinco novelas de Terramar y la trama misma es muy fácil de resumir. La primera de las novelas, *Un mago de Terramar*, nos habla de un niño nacido en un pueblo pobre de la pequeña isla de Gont que, a pesar de haber sido criado para ser pastor de cabras, posee un gran poder innato. Luego de ser adiestrado en Roke, trae por soberbia, desde el lugar oscuro donde habitan los muertos, un mal al mundo: una sombra que lo marcará y lo perseguirá, y a la cual él a su vez cazará para recuperar su paz, aunque nada pueda hacer ya por borrar sus cicatrices, internas y externas. De hecho, el punto central de la novela es el enfrentamiento con la sombra que nos habita.

En la segunda, *Las tumbas de Atuan*, Tenar, una niña sacerdotisa de los kargos, quienes rinden culto a los poderes primigenios de la Tierra, los Sin Nombre, una fuerza ajena a la magia de los hombres, descubre a un ladrón, Ged, en el laberinto subterráneo bajo los templos. El mago busca la runa perdida de la corona de Erreth-Akbé, la runa de la Unión, que puede ayudar a los habitantes del Archipiélago a encontrar de nuevo la paz. El cuerpo central de la novela es la formación de la niña para rendir culto a las potencias oscuras, en medio de las intrigas de las sacerdotisas en un templo que es poco más que un convento de clausura, así como el comienzo de su relación con Ged.

En la tercera, *La costa más lejana*, un Ged de 38 años que ya es Archimago, o rector de la Escuela de Roke, descubre que algo está acabando con la magia en el mundo y despojando a los seres humanos de toda su vitalidad e ilusiones. Para descubrir qué es, se embarca con el joven noble Arren en un largo viaje en barca que los llevará hasta los confines del mundo, más allá de las islas de los dragones, hasta el mundo subterráneo donde habitan los muertos. Sólo en este libro podemos encontrar un “enemigo” o “villano” claramente definido: un gran mago que pretende evitar su propia muerte. Para vencerlo y reparar el daño, Ged tendrá que usar todo su poder. Literalmente, pues lo gastará y, al terminar el texto —que concluye la trilogía original publicada a principios de los años setenta—,



Ged ya no será un mago. En esta novela, así como en la quinta, la responsabilidad colectiva en relación con los males de la especie, otro de los temas favoritos de Le Guin, es un elemento clave. En Terramar, tal como sucede con los cambios ambientales que ahora mismo suceden en la Tierra, los aliados del enemigo somos todos. Como se ejemplifica en la respuesta que da Ged a Arren luego de que este le pregunta, “¿Dónde están los servidores de este... Anti-Rey?”:

—En nuestra mente, hijo. En nuestra mente. El traidor, el yo, ese yo que grita: *¡Yo quiero vivir, y que se pudra el mundo con tal que yo viva!* La pequeña alma traicionera que hay en nosotros como una araña en una caja. Nos habla a todos. Pero sólo algunos la comprenden. Los magos, los trovadores, los hacedores. Y los héroes, los que buscan ser ellos mismos. Ser uno mismo es una cosa rara, y grande. Ser uno mismo para siempre, ¿no es más grande todavía?

Arren miró a Gavilan a los ojos. —Queréis decir que no lo es.

En la cuarta novela, *Tehanu*, ganadora del Nebula, el personaje central ya no es Ged, aunque este ocupe un lugar relevante, sino Tenar. Ella renunció a los honores que querían darle por ayudar a recuperar la runa perdida y, en lugar de ello, se ha transformado en la viuda de un campesino con dos hijos. Una mujer madura que ha escogido una “vida común” a pesar de su infancia extraordinaria y ha adoptado a una niña quemada por el fuego: Tehanu. A ambas las

encuentra Ged, cuando regresa a Gont para esconderse y aprender a vivir sin magia. La novela se centra en la relación entre Ged, Tenar y la niña, quien oculta algo único dentro de sí que brinda la base para la última novela de la saga.

En la quinta novela, *En el otro viento*, Ged sólo aparece en el primero y último capítulo. Tenar, una vez más, vuelve a ser el centro de la trama, así como su hija Tehanu, luego de que el rey les pida su ayuda, pues los dragones han roto el pacto e invadido las islas orientales y avanzan por el Archipiélago. Las relaciones entre mujeres y hombres, dragones y humanos, vida y muerte, ocupan el centro de la novela, que cierra todos los hilos sueltos dejados por las anteriores, en forma de un nuevo restablecimiento del Equilibrio.

Como se ve, la trama resumida de las novelas de Terramar tiene todos los componentes clásicos del subgénero de Espada y Hechicería: magos, dragones, reinos, e incluso alguna princesa de personalidad leonina. Sin embargo, el porqué puede afirmarse que la obra de Le Guin es sumamente original y hace enormes aportes al género—o, en definidas cuentas, por qué leerla— no yace en las sinopsis, sino en los pormenores. Tanto, que cuando se trata de responder a la pregunta “¿De qué hablan las novelas de Ursula K. Le Guin?”, la sensación es que, sin importar cuánto nos esforcemos, el sólo hecho de tratar de explicarla, la empobrece, pues el centro de su obra está en los detalles antes que en la silueta general que los enmarca.

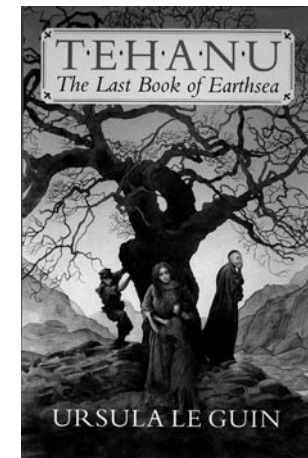
La mirada que trastoca y reordena

Las cosas a las que Le Guin da importancia en su narración no son las usuales del género y, por el contrario, muchas de sus páginas son ocupadas en reflexiones que no se suelen hacer en el género fantástico, o incluso parecen “intrascendentes”, como describir la crianza de las gallinas, la sensación de viajar en el mar sin destino definido, las labores de un ama de casa, los juegos de un niño o los sinsabores de la maternidad cuando el hijo se transforma en un extraño.

Por otra parte, muchas de sus descripciones más penetrantes y hermosas, podemos sentir las no sólo en el mundo de Terramar, sino también en nuestra realidad. Un ejemplo es la observación de Tenar mientras avanza con Ged en una barca sobre el mar, mientras la rodea la noche.

Tendida en la embarcación que la magia guiaba por el mar inmenso, Tenar miraba la oscuridad. Toda su vida había escudriñado las tinieblas, pero ésta, la de esta noche en medio del mar, era una oscuridad más vasta. Una negrura sin fin. Allí no había techo. Se extendía más allá de las estrellas. Ningún poder terrenal la animaba. Era anterior a la luz y seguiría cuando ya no hubiera luz. Era anterior a la vida y seguiría allí después de la vida. Se extendía más allá del mal.

Esa oscuridad que observa Tenar es la misma oscuridad que nos rodea a nosotros. La misma que podemos observar cuando la luz del sol no nos estorba: la oscuridad primordial. Sin embargo, ¿cuántas veces nos hemos detenido a pensar al mirar el cielo nocturno que estamos contemplando lo más permanente del Cosmos, quizá lo único definitivo, lo que fue y alguna vez volverá a ser?... Quizá sólo una niña que haya sido criada para adorar la Oscuridad se fijaría realmente en ello. ¿Y no leemos precisamente para pensar en lo que antes no pensamos y revivir en otros lo que ya nos habita como posibilidades?



Por eso, para entender qué destaca más profundamente de Terramar, hay que restarle peso a la trama y centrarse más en las palabras de Le Guin. Dejarla hablar a ella en lugar de tratar de explicarla. Se puede comenzar por un punto de reflexión central en su obra: la relación y las diferencias entre los géneros. Y no importa que ella inscriba sus palabras en un mundo fantástico donde conversa una viuda con una bruja vieja y algo loca, éstas quedan resonando y, a veces, perturbando:

—¿Qué tienen de malo los hombres—preguntó Tenar con cautela.

Con igual cautela, en voz más baja, Musgo respondió:

—No sé, queridita. He pensado en eso. Muchas veces lo he pensado. Lo único que puedo decir es esto: El hombre está metido dentro de su piel como una nuez en su cáscara—alargó los largos dedos doblados y húmedos, como sosteniendo una nuez—. Es una cáscara dura y resistente, y el hombre está lleno de sí mismo. Lleno de esa carne grandiosa de

los hombres, del ser del hombre. Y eso es todo. Eso es todo lo que hay. Dentro no hay más que él y nada más. [...]

—¿Y qué pasa con una mujer, entonces?

—¡Ah, querida!, una mujer es algo muy distinto. ¿Quién sabe dónde empieza y termina una mujer? Escucha esto, señora, yo tengo raíces, tengo raíces más profundas que esta isla. Más profundas que el mar, más antiguas que el surgimiento de las tierras. Me remonto a las sombras—los ojos de Musgo tenían un extraño brillo en los bordes enrojecidos y su voz era melodiosa como un instrumento—. ¡Me remonto a las sombras! Antes de la luna, ya existía. Nadie sabe, nadie sabe, nadie puede decir qué soy, qué es una mujer, una mujer de poder, el poder de una mujer que es más profundo que las raíces de los árboles, más profundo que las raíces de las islas, más antiguo que la Creación, más antiguo que la luna. ¿Quién se atreve a hacerles preguntas a las sombras? ¿Quién podría preguntarles su nombre a las sombras?

Y así como hay conversaciones cargadas de metáforas casi crípticas como la anterior, hay observaciones contundentes. Tenar se pregunta, por ejemplo, por qué no puede comprender la sensación de vergüenza, humillación e incapacidad para asumir su nueva vida que se apodera de Ged luego de que este pierde su magia; se da al fin por vencida, respondiéndose a sí misma: “Tal vez sólo un hombre pudiese sentir eso. Una mujer se acostumbra a sentirse humillada”. Y las torpezas, dudas y prejuicios sobre el otro género no perdonan ni siquiera al más sabio de los magos o al más justo de los reyes. Por otra parte, Le Guin aporta otra visión a esa humillación femenina, pues es el temor de los hombres a un tipo de fuerza que no pueden comprender o asir, así como a los impulsos interiores que ellas desatan, el que mantiene alejadas a las mujeres del conocimiento en Roke. Pero de nada valen al final las prevenciones de los Maestros: cuando los dragones encarnan, lo hacen en mujeres, pues ellas están mucho más cerca del poder primigenio, del poder olvidado, del poder real.

Pero las diferencias no acaban en el rol de género. Le Guin da muy poca importancia a aspectos que son tradicionales de las novelas sobre magos y dragones. ¿Combates? Pocos. En el último libro no hay uno solo y, como se ha dicho, únicamente en el tercero aparece un enemigo externo que podríamos llamar “clásico”: otro mago con poderes capaces de vencer los de Ged. Aun así, el desenlace no consiste en el duelo de magia tradicional, sino en una conversación y un sacrificio personal. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya violencia en las novelas. A veces, de hecho, ésta puede ser especialmente cruel: a Tenar cuando aún es una niña sacerdotisa, la presionan para que decida cómo deben morir unos prisioneros. Ordena que los dejen morir de hambre y sed, y las pesadillas le impiden dormir por noches

No obstante, la peor violencia es aquella que refleja la crueldad del mundo real, aquella que aún hoy podríamos hallar en las páginas de cualquier periódico. En *Tebanu*, una niña de cinco años es tirada a una hoguera por unos criminales luego de violarla. La mitad de su rostro y uno de sus ojos desaparecen, su mano queda convertida en una especie de garra. Y Le Guin no se limita a relatar el hecho, sino que describe también las humillaciones a las que la someten otros niños, las miradas de los adultos, el retraimiento

de la víctima y el dolor de sus padres adoptivos, así como la preocupación de estos por su futuro, con lo cual permite acercarnos también al dolor de nuestro mundo, pues bien sea en Terramar o en la Tierra el ser humano sufre y ama.

Al cabo Therru se quedó profundamente dormida. Tenar la hizo pasar suavemente de su regazo a la cama y esperó un instante para estar segura de que seguía durmiendo. Luego, después de mirar rápidamente en torno para asegurarse de que estaba a solas, con una prisa casi culpable pero con un ceremonioso deleite, con gran placer, apoyó la mano delgada y blanca en el costado de la cara de la niña en que las llamas habían devorado el ojo y la mejilla, dejando una cicatriz laminada y al descubierto. Todo eso desapareció al rozarlo. Vio la carne intacta, el rostro redondeado, suave y dormido de una niña. Era como si su contacto hubiera hecho renacer el verdadero rostro.

Suavemente, con desgana, apartó la palma y vio la irreparable pérdida, aquello que jamás se curaría del todo.

Se inclinó y besó la cicatriz, se irguió de prisa y salió de la casa.

En cuanto a las ya tradicionales escenas de celebración al final, “el homenaje al héroe”, las fiestas, los honores y los tributos, Le Guin no les da importancia, pues o las omite o las relata en dos líneas. Tal como sus personajes suelen elegir vidas campesinas en lugar de encerrarse en palacios, el tipo de recompensa que aguarda a los héroes de la autora norteamericana es de otro tipo. Algo de lo cual es buena muestra el final de la tercera novela, cuando Arren consigue cargar a un Ged agotado por encima de la Cordillera del Dolor que marca el límite entre la tierra de los muertos. Al llegar a la playa:

Buscó a tientas en sus bolsillos, allí, acurrucado junto a Ged en la niebla, para ver si tenía algo que pudiera serle útil. En el bolsillo de la túnica encontró un objeto duro, de bordes afilados. Lo sacó y lo miró, perplejo. Era una pequeña, negra, porosa y dura. Estuvo a punto de tirarla. Luego sintió en la mano las aristas filosas, ásperas y quemantes, sintió el peso, y supo qué era: un trocito de roca de las Montañas del Dolor. Se lo había metido en el bolsillo mientras trepaba o cuando se arrastraba con Ged a cuestras por el borde del desfi-

ladero. La sostuvo en la mano, esa cosa inmutable, la Piedra del Dolor. Cerró la mano y la apretó. Y sonrió entonces, una sonrisa que era a la vez sombría y jubilosa, conociendo, por primera vez en su vida, allá, en el confín del mundo, a solas, y sin que nadie lo alabara, el sabor de la victoria.

Los honores que más tarde Arren recibirá de otros por su proeza serán muchos. Pero Le Guin simplemente los resume, lo que da la impresión de que para la autora su importancia es mínima y de que el clímax real de la novela se dio en el momento en que el personaje fue consciente de lo que había realizado.

La conversación interior

Entre las marcas comunes a todo gran autor está el que su obra no deje indemne al lector. Esto es, la historia y el modo en que ésta se cuenta deben suscitar en el lector una conversación interior en relación con su forma de ver el mundo. Esto puede lograrse creando un reflejo imaginario del mundo que habitamos todos los días —o lo que se conoce como ficción realista—, o creando mundos por completo nuevos. El modo es, siempre, una elección del espíritu personal, no sujeto a ningún canon y a veces ni siquiera a la voluntad, sino a las demandas de la voz que surge por sí sola en el interior —para dar sólo un ejemplo de cuán poco interviene la conciencia en la elección del terreno donde transcurrirá una obra, a García Márquez le fue muy mal cuando se forzó a escribir literatura “socialmente comprometida”; su voz pedía otra cosa, como bien reconoció después—.

En el caso de Le Guin, la conversación en el interior del lector siempre se cumple. Sin falta. Aunque las posturas políticas y filosóficas que evidencian sus obras no son nuevas para un lector de nuestros días —respeto por el ambiente, justicia sexual, responsabilidad en el poder, etc.—, es una autora lo suficientemente brillante para encontrar aristas que enriquecen los problemas y tan sincera como para evitar caer en las respuestas fáciles. La equidad de género, por ejemplo, puede ser una preocupación constante de Le Guin, e incluso una convicción, pero para defenderla no evita el lado menos amable de la cuestión. Así como en *Los desposeídos* se evidencia su admiración por el anarquismo pero se muestra también el peso del fanatismo, en las historias de Terramar contemplamos tanto la necesidad de una equidad de género como

las dificultades para entenderse entre los sexos, incluso en detalles nimios.

Así, en sus libros hay planteamientos audaces que se complementan. El temor a la muerte es descrito vívidamente una y otra vez, pero las consecuencias de la no aceptación de ésta, así como la pregunta de si incluso sería deseable no morir, también están presentes. La autora brinda ambas opciones y defiende una, pero es la conversación interna que provoca en el lector lo que realmente importa. De igual modo, lo salvaje, la fuerza primigenia encarnada en los dragones, nos tienta, nos hace sentir temor, nos perturba, nos hace cuestionar de los bloques de concreto que la especie ha construido para aislarse de los elementos, pero, al mismo tiempo, nos hace valorar su protección. Así, es el lector quien emite el juicio final y toma una posición respecto de su propio salvajismo: Le Guin simplemente le ha dado los elementos para recordar esa nostalgia.

Quizá sería exagerado afirmar que Le Guin reinventó con Terramar el género fantástico —aunque también es cierto que la exageración, como se ha dicho, se la lleva bien con el género—, pero sin duda sería del todo justo decir que sus aportes no son menores. En ningún otro autor del género, la descripción de las acciones cotidianas y de las emociones había ocupado tanto peso en el todo de su obra. Y ese peso no borra las fronteras entre realidad y fantasía, pues éstas son constantemente recordadas por la autora, pero sí permite trasladar al lector de una forma muy distinta a un mundo por completo imaginario. Una que aprovecha al máximo la más simple verdad, a la cual, sin embargo, muchas veces olvidamos: mientras el ser humano sea el personaje central de la literatura, tendrá una cotidianidad, un día a día, tanto en la realidad como en la fantasía, y sin importar que vivamos en la Tierra o Terramar serán los mismos sentimientos los que nos dominen. Recordarlo muy bien es aquello que define la maestría de Le Guin. ■

Andrés García Londoño (Venezuela - Colombia)

Autor de los libros de cuentos *Los exiliados de la arena*, *Relatos híbridos*, y del ensayo *El caballo de Ulises*. Ha publicado ensayos, artículos y reseñas en el *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica* (Filial Colombia), *Arcadia* y la revista *El Malpensante*, así como cuentos en distintas revistas y antologías.